

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
a toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea.

AÑO I | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NUM. 47

Pravia 22 de Diciembre de 1902

LA CUESTIÓN SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO

—:—:—

XLII

Mi querido X: Un médico no puede curar una enfermedad si no comienza por hacer bien el diagnóstico, si no la conoce. Figúrate que uno está enfermo, pongo por caso, del corazón y que el médico, sin más ni más, le receta duchas de agua fría. Pues *cátala morta*. Las duchas son muy buenas para ciertas enfermedades, pero son un completo disparate para otras. Y aún una misma enfermedad debe ser atacada con remedios opuestos según sea el individuo que la padezca. De todo lo cual se deduce la necesidad imperiosa de conocer la naturaleza del mal antes de ponerse á curarlo.

Pues una cosa parecida á lo que pasa con las enfermedades de nuestro cuerpo, acontece respecto á todas las enfermedades, incluso las que aquejan al cuerpo social. Este hállase hoy enfermo, y la cuestión que traemos entre manos lo demuestra bien. ¿Queremos curar esa enfermedad? Pues no hay vuelta: ante todo es necesario saber en qué consiste. En otro caso es seguro que le aplicaremos remedios tan disparatados como el de las duchas para el que se halla enfermo del corazón. Ahora bien: de esos caballeros que tanto hablan de la cuestión social ¿cuántos conoces tú que sepan en qué consiste? Pues si lo ignoran ¿cómo han de saber resolverla?

Y si no se conoce por completo, sino que se tienen sobre ella confusiones importantes, si

se toma por cuestión social algo que no es tal cuestión, los remedios que se propongan tienen también que ser ineficaces, pues irían dirigidos á sanar, no la enfermedad existente, sino otra más ó menos semejante, pero imaginaria. Y entonces sobre no curar la verdadera, se corre el peligro de matar al paciente. Como luego veremos, hay muchos que comprenden de una manera muy equivocada esa cuestión, confundiéndola con la pobreza ó con las desigualdades sociales.

Esos tiran á matar la pobreza y las citadas desigualdades; pero como la cuestión social no consiste ni en aquélla ni en estas, y como una y otras son necesarias, es decir, no pueden desaparecer, resulta que los remedios que en ese sentido se propongan para resolver el problema, resultan inútiles, por cuanto persiguen un imposible.

Te digo todo esto para que veas la necesidad de conocer á fondo lo que es la cuestión social, antes de meterse uno á resolverla.

Comienzo, pues, á describirte vuestra situación calamitosa, para que veas claramente de dónde procede y en qué consiste la cuestión social. Y ante todo hablemos de la grandísima inmoralidad reinante, no sólo entre los obreros, sino también entre los ricos, inmoralidad de donde, como te dije, procede en gran manera el malestar presente en que os halláis.

Vuestra situación es á menudo calamitosa, pero ¿cuánta culpa tienen en ella los mismos obreros? Mira en torno tuyo, fijate en tantos de tus compañeros, observa la vida que llevan, y seguramente dirás: Son desgraciados, pero tienen ellos mucha culpa, pues viven como las bestias, encenagados en la más vergonzosa inmoralidad...

¿Cuántos viven como vivir debieran? Entre algunos, pocos aún seguramente, pero que van en

aumento, el matrimonio cristiano ¿no se trocó en concubinato inmundo? ¿No hay entre la clase obrera hombres y mujeres que se unen como los perros y los gatos, con toda la *solidaridad* que quiere ese bárbaro que anda por Mieres, pero en fin, igual que se juntan las bestias, para poder separarse cuando les venga en gana? Y esos tales, los hijos que de tales parejas nazcan ¿pueden ser felices, como hombres, si viven como brutos? ¿Puede haber en esas familias, ó lo que sean, la resignación y las virtudes cristianas que para sobrellevar las diferencias de carácter y otras calamidades inherentes á la vida en común de seres libres, son necesarias?

Y aun entre las familias bendecidas por Dios ¿qué sucede muchas veces? El hombre ¿se porta con su mujer como verdadero marido, para no tener diariamente disgustos en casa? Y ella ¿se porta siempre como verdadera mujer, que sabe hacer feliz á su marido? Los padres ¿educan á sus hijos y les dan buen ejemplo, para que ya mozos, ó antes de serlo, no los maten á disgustos? Los lazos entre los miembros de la familia, entre marido y mujer, entre padres é hijos, ¿no se hallan frecuentemente aflojados ó rotos? ¿Y no ha de ser calamitosa, inaguantable la situación de quienes de ese modo viven?

El marido ¿no es á menudo infiel á su mujer? Y quien de ese modo procede ¿puede vivir tranquilo? ¿Tienen los obreros, padres ó hijos de familia, el hábito de ahorrar? ¿Saben vivir con lo que ganan, si esto es lo suficiente, guardando siempre algo para subvenir á las necesidades futuras? Cuando viene una necesidad ¿no los encuentra casi siempre sin un cuarto, y debiendo por añadidura? ¿Puede ser feliz un padre que huye de casa y se refugia en la taberna á embrutecerse y á gastar el pan de su mujer y de sus hijos? ¿Es posible el bienestar en un hogar donde entran el padre y los hijos borrachos muchas

noches, pidiendo á la pobre *ama de casa* una cena que no existe, porque se gastó en la taberna el dinero necesario para prepararla? Y las mujeres, ¿hacen lo que pueden y deben para que el marido se halle á gusto en casa ó no huya de ella, como de un infierno, ó de una cuadra, yendo á quitar el mal humor á la taberna?

Lo repito: tú que eres obrero, y vives entre obreros y sabes lo que pasa entre vosotros, tú conoces seguramente que la inmoralidad es, en grandísima parte, la culpa de la situación desgraciada en que tantos obreros viven. Figúrate que todos los asturianos, que todos los compañeros tuyos vivieran con arreglo á los preceptos de la moral: ¿no es verdad que en ese caso serían *mucho más felices*, que no vivirían entonces sumidos en esa desesperación continua, en esa protesta contra la sociedad, contra los ricos y contra los patronos, á quienes consideran gratuitamente causantes de todas sus desgracias, muchas de las cuales proceden de la falta de moralidad de los mismos obreros?

De cómo la inmoralidad en los ricos es también causa importante de la cuestión social nada quiero decirte, porque de ello estás acaso de sobra convencido. Me basta hacerte ver cómo *muy principalmente* vuestro malestar procede de vuestra inmoralidad. Pero hay más causas, como veremos.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

Satanás dijo á nuestros primeros padres:

«Sereis como dioses.»

El socialismo dice á los obreros:

«Sereis como reyes.»

Por subir á ser Dios, desciende el hombre á ser bestia; por aspirar á ser rey, llegará á ser esclavo.

MAURA Y LOS GOBERNADORES

Aunque, como saben muy bien mis lectores, EL ZURRIAGO no tiene pizca de político, y hasta le ofende oír hablar á los políticos porque rara vez dicen lo que sienten, y nunca cumplen lo que prometen, hoy creo yo conveniente registrar en estas columnas lo que el Sr. Maura, ministro de la Gobernación juzgó oportuno decir á los Gobernadores en el discurso de despedida al enviarles á sus respectivas insulas.

He aquí los párrafos del discurso referentes á la cuestión social, que es la que hace al caso por lo que á EL ZURRIAGO atañe.

«Ahora son desgraciadamente cotidianas y extendidas ya por todas partes las cuestiones obreras. En ellas es sumamente delicada vuestra misión. Habéis de considerar como idea primordial en que se inspire vuestra conducta la natural desigualdad de condiciones en que están los obreros y los patronos. Los obreros, harto afligidos con la necesidad de procurarse penosa y escasamente el pan de cada día, y con la cortedad ó la carencia de las luces que la instrucción añade al natural discurso humano, merecen á toda hora una solicitud sincera, cristiana, paternal é infatigable. Otorgadles en toda ocasión la condescendencia que sea compatible con la justicia y con el amparo que debéis al derecho de todos. Pensad que son ignorantes (ésta es otra desgracia suya y no su culpa) para no exigirles discreción y acierto desproporcionados con su condición.

Habéis además de considerar que ellos, en medio de su vida penosa por efecto de complicaciones económicas y de circunstancias que caracterizan la existencia total del país, hay comarcas donde los salarios apenas bastan para ir salvando la vida, obsesionados con el abatimiento de su penuria é indefensos por su carencia de cultura, están oyendo la voz de los elementos irreconciliables con el orden, de los anarquistas, de los libertarios que envenenan sus corazones, alucinan sus anhelosas imaginaciones, azuzan sus apetitos y les predisponen á ser las primeras víctimas, muchos por fanatismo, y sin saber adónde van; el obrero padece, además de su propio desvalimiento, la sugestión del elemento anarquista, con quien no cabe más que la represión, cuya propaganda es mucho más eficaz donde el infortunio tiene ya acumulado mayor desasosiego.

Lo primero que hay que hacer es lo que se pueda para que los obreros adviertan la diferencia entre aquello que es justo, opinable, discutible, y aquello otro que sólo conduce á general desastre, conduciéndolos como se conduciría un tutor del obrero, procurando que oiga la voz de la razón y desoiga esa sugestión criminal é insana.

Respecto á los patronos, comarcas hay donde veréis que han llegado ya al límite de las consideraciones posibles, pero otras veces que, por no poder mantener sus industrias, por las adversidades con que luchan, no han tomado todavía en consideración suficiente la parte que sea irreductible y legítima en las pretensiones de los obreros, y entonces tendrá el gobernador mucho que hacer, cuando no encontre de antemano preparado el ánimo de los patronos para imbuirles el respeto que necesitan tener hacia las necesidades de los humildes, y los sacrificios que deben aceptar para salir de la crisis, respetando el límite infranqueable de la estricta necesidad de trabajo y de vida. La imparcialidad más absoluta, no sólo real y positiva, sino notoria imparcialidad, importa en vosotros de manera que merezcáis por igual la confianza de los obreros y patronos, aunque se ofusquen en su contienda y no la reconozcan.

Criterio sobre las huelgas

Es imposible detallar sobre esto, porque las huelgas se anuncian y se presentan de mil maneras en las diversas localidades; pero debe ser el desvelo mayor ahora atenderlas vosotros y tenerme al tanto de cuanto á ellas conviene. Esa cuestión social ha de preocuparnos, y estaré en constante comunicación con ustedes.

Es muy justo, dentro de esa línea general, hacer una advertencia. Habéis de preservaros de una sugestión que es natural y peligrosa. El espíritu de la autoridad se ve solicitado sin culpa ninguna; se ve inclinado á quitar de en medio las dificultades procurando pronta satisfacción de los que, siendo los más y reflexionando menos, fácilmente suscitan el conflicto.

Estad vigilantes contra esta tentación engañosa: lo que no está dentro de los límites de la condescendencia, el paternal interés y la tutela en pro de los obreros de que antes hablaba; lo que implique hacer prevalecer una injusticia, colocando al patrono en situación de desvalimiento y su industria en caso de ruina, no es una solución, aunque pueda parecerlo transitoriamente.

Cediendo al afán de pronta quietud, la autoridad comete la mayor de las faltas, porque si bien se libra por un momento de la dificultad, siembra cien exigencias inicuas y perturbadoras en el porvenir, suscitando para el Estado y para el sucesor dificultades insolubles, y creando mayores conflictos para el día siguiente que los atajados en el día que pasa. Además, al obrero mismo á quien aparentemente se le satisface, faltando á la justicia en favor suyo y haciéndole salir airoso de su empeño, realmente se le engaña y perjudica, porque esas flaquezas conducen á un retraimiento del capital, acaso la clausura de las fábricas, y más

de cierto la no apertura de otras.

Caso semejante al padre que, por no disgustar al hijo, condesciende con el vicio y sus extravíos, enlerezándolo á total perdición. Cristianamente para mirar por el obrero es menester no acompañarle más que hasta el límite en donde le asiste la razón y sea posible condescender con sus necesidades, sin ruina general de la economía que le sustenta.

No sé si he logrado en esto patentizar mi criterio: es difícil dada la variedad de los casos; mas en telegramas y cartas, llegadas las ocasiones, lo que yo pienso tendrá naturales desenvolvimientos.»

ODA DESPAMPANANTE

TERCERA SERIE

XI

Al horroroso escritor D. Manuel A. Salas

Oye, Nolin, ascucha;
Haz el favor, Nolin, mira que quiero
Tener, Nolin, contigo, un soliloquio.
O, como Trocas dice, un solideo.
Oye, Nolin, por Dios, ascucha un poco,
Ascúchame un momento
Y di si fuiste tú quien «Luz y Sombra»
Escribió en El Progreso.
¿Dices que sí, Nolin? ¿pero es posible?
¿Pero es posible, genio?
¿Y cómo pudo, Lin, en tu calle
Cupir tal pensamiento?
¿Y no te asombras, Lin, de tu sapicacia?
¿Y no quedaste, Nolo, patitico?
¿Pero es posible, Lin? ¿y no quedaste
Patidifuso ó muerto?
¿Y eres tú, Lin del alma,
El que no cree, sinuoso, en los portentos?
¿El que negó, sinuoso, los milagros
En un sinuoso cuento?
Y eres tú quien nos habla
Del pajaril meliflvo canchuro
Y del grillar que sale de la alfombra
Que cubre, verde, el suelo?
¿Y pudo á ti ocurrírsete, irascible,
Lo de los flamentos,
Lo de la luz opaca que alumbra
Y lo del tipo que llevaba un peso?
Nolin, me dejas tonto;
Nolin, eres tremendo;
Nolin, eres sin duda
El acabóse y empezóse enteros.
Yo no pensé, Nolin, que eras tan listo,
Tan grande, tan despierto,
Tan dilocante sabio, tan poeta,
Tan andarín, tan nene y tan viajero.
Tú, Nolin de mi vida,
No eres el Nolo aquél del otro tiempo,
Y apostaré dos odas á que dudas
Si fuiste tú el autor de todo aquello.
Piénsalo bien, Nolin, no te equivoques;
Mira á ver si fué un sueño
Que, si no estás sonambulo, á mi juicio,
En «Luz y Sombra» hicistes un portento.
¿Estás seguro, en fin? pues no hay tu tía;
Tú le debes al cielo
El don de hacer milagros, asombroso
Sin ser Cipriano el santo de tu pueblo.
Viendo el Señor, Nolin, que pretendías
Con un ensayo, dispartate ó cuento,
Metafísicamente
Negar en El Progreso
Que pueda hacer milagros
El que gobierna y rige el universo,
Que pueda hacer cambiar de la natura
Las leyes el Supremo
Legislador del mundo, omnipotente,
Santo, sabio y eterno,
Quiso contigo hacer un milagrasso
Archi-supra-estupendo,
Que pasmara á los rudos,
Que asombrara á los genios,
Que á Hegel ofreciera
De su sin par sistema el fundamento,
Que á tí te diese gloria
Y á mi ocasión para tomarte el pelo,
Quiso, en una palabra,
Que, por sólo un momento,
Fudieras, Nolo mío,
¿Ser y no ser Nolin á un mismo tiempo!
Nolin, en lo babieca
Nolin, en el supuesto,
Nolin en lo horroroso
Y Nolin en lo necio;
Y no Nolin, en escribir la historia
Ensayo, chisme ó cuento
Que publicó, por falta de materia,
El infeliz Progreso.

¿Ves ya, Nolin ahora
Si puede hacer prodigios el Eterno?
¿Quieres mayor milagro,
Que el que contigo, Nolo mío, ha hecho?
¿Viste en la vida cosa más notable
Que el que escribiera historias un juments,
Y que el que tu pudieses
Ser y no ser Nolin á un mismo tiempo?

LA IMPORTANCIA DE VIGIL

«Hombre, no le parece á usted, — me decía un amigo hace pocos días— que los zurriaguistas están dando á Vigil demasiada importancia en EL ZURRIAGO?»

Porque antes nadie conocía á Vigil, yo ni sabía siquiera que existiese, y ahora en todas partes se habla de él. Con eso adquirió cierta importancia que ni tiene, ni al parecer merece.»

Y esto que mi amigo me decía lo creen y repiten, de buena fe, muchos católicos, que siéndolo de verdad, no conocen la realidad de las cosas, ni el daño incalculable que ese hombre funesto está causando en Asturias.

Ya sé yo que el mismo Vigil lanzó esa misma especie en cierto mitin famoso y en la misma tierra de EL ZURRIAGO, diciendo que antes iba él (Vigil) por los pueblos y nadie le conocía, ni se fijaba en su persona; y que ahora, gracias á EL ZURRIAGO, era objeto en todas partes de pública curiosidad, y por doquiera le señalaban con el dedo.

Convengo en que todo esto sea cierto.

Y ¿qué consecuencia puede sacarse de que así suceda?

En contra del proceder de EL ZURRIAGO absolutamente ninguna.

¡Que antes no era conocido en los pueblos, Vigil! ¡Que muchos católicos no sabían siquiera que semejante gánapiro vegetara por esta provincia para desgracia de muchos obreros y escándalo de los fieles!

Pero ¿corre menos peligro la tímida paloma porque no se dé cuenta de que tiene encima las aves de rapiña?

¿Causa el lobo menos estragos en el rebaño porque el pastor duerma tranquilo sin advertir su presencia?

Pues esto precisamente era lo que ocurría con Vigil y su vitando periódico antes de que EL ZURRIAGO viniese al mundo para descubrir á los obreros asociados, las murrangas de sus jefes socialistas, y dar á los no asociados la voz de alerta para que no se dejen seducir ni explotar por esos hombres sin conciencia que siempre vivieron en la miseria hasta que encontraron esta mina inagotable del socialismo que les permite, como ellos mismos confiesan, comer mejor y trabajar menos, y andar decente, cuando no lujosamente vestidos.

Cierto que Vigil, personalmente considerado, es un saltimbanquis, un aventurero, sin importancia de ninguna clase.

Vigil ni siquiera ha recibido esmerada instrucción primaria como lo prueba el hecho de que siendo ya hombre haya tenido que acudir a un gallego, a su ex-amigo, ex-corrreligionario y ex-compañero Carballeira, director de *El Progreso*, para que le diese unas ligeras nociones de Gramática castellana.

Vigil no es siquiera uno de esos charlatanes de plazuela que aun sin instrucción son de fácil palabra y arrastran y seducen a las masas con su callejera oratoria: no, Vigiles de palabra premiosa, é ingrata voz que molesta y causa congoja oírle.

Vigil por no ser nada, ni siquiera se distinguió entre sus compañeros por su aptitud para un oficio determinado: siempre fué en todas partes (también él lo confiesa) el último y el peor de los obreros...

Y sin embargo, ese buen pez ha logrado montarse sobre los obreros todos socialistas de la provincia, que le soportan con gusto y se prestan a ser sus burros de carga, y le siguen ciegamente muchos de ellos al menos, que le oyen como a un oráculo.

Vigil, por la fuerza de las circunstancias, se vió, cuando menos podía pensarlo, nombrado PRESIDENTE del Comité Provincial del partido socialista y al frente del órgano de ese partido en la prensa, *La Aurora Social*.

Y ya colocado en ese puesto y elegido concejal del Ayuntamiento de Oviedo y hasta vocal de la Junta provincial de reformas sociales ¿les parece á ustedes que no tiene importancia el bueno de don Manolito?

Por supuesto que su importancia es la de Lucifer, para el mal; pero es precisamente por eso más funesta y más digna de ser combatida á fuego y sangre.

Sí, Vigil con su doble carácter de Jefe de los socialistas de la provincia y Director de *La Aurora*, tiene en sus manos los medios más eficaces para la propaganda de sus disolventes y abiertamente anticatólicas ideas.

Como *leader* socialista anda cual otro Judío errante de pueblo en pueblo y de centro en centro prodiendo guerra al capital y odio á los ricos, á quienes supone siempre y en todo caso, como explotadores del sudor del pobre, y enemigos del obrero.

Como director del periódico, semanalmente difunde por toda la provincia miles de ejemplares de ese blasfemadero público que hasta el más apartado rincón lleva el veneno de su impiedad que inocula en el sencillo corazón de muchedumbres indoctas, de ignorantes obreros, incapaces de discernir entre la verdad y el error siquiera éste sea expuesto de la manera más burda y torpe que puede imaginarse.

Y estos periódicos de tan deletéreas doctrinas no se propagan como otros, ofreciéndolos á quienes

libremente los puedan tomar ó rechazar, sino que los imponen á los obreros asociados, y cada Agrupación socialista, según el número de adeptos con que cuenta, tiene que cargar con determinado número de ejemplares.

Así se difunde *La Aurora*, así se propaga el error y cunde la calunnia, así se procura la soñada emancipación del obrero.

¡Pobre obrero!

Sus redentores, para librarle de la supuesta esclavitud de los patronos, de los ricos, comienzan por imponerle otra esclavitud mil veces más odiosa é insufrible.

Los obreros socialistas no pueden disponer libremente de su dinero, no pueden siquiera ser libres para trabajar ganando un jornal con qué mantener á sus hijos...

Pero ¿qué digo? Los obreros socialistas no pueden siquiera profesar libremente sus ideas: si han de ser buenos socialistas, dicen sus redentores, tienen que renegar de la Religión, tienen que ser ateos, tienen que nacer como los perros, amontonarse como los perros y morir como los perros, prescindiendo en todo y para todo de la Religión, de la Iglesia, de los curas, de todo lo más santo y sagrado que haya en el cielo y en la tierra.

Tienen además los obreros que declarar la guerra á los ricos, haciéndoles siempre y á todas horas todo el daño posible, aunque para esto, en muchos casos, sea preciso renunciar al pedazo de pan que llevan á la boca y que sostiene á su mujer y á sus hijos...

Y quien así predica, propala y difunde el error ¿no necesita ser combatido sin tregua ni descanso?

Para quien tal hace, y tales estragos causa en la clase trabajadora ¿no son justificados los ataques duros, pero merecidos de EL ZURRIAGO?

¿Creen ahora mis cándidos lectores que los zurriaguistas dan demasiada importancia á quien de tales medios de propaganda dispone, y tan nefandas doctrinas sostiene?

Y no se fíen algunos creyendo que á sus pueblos no llegará el hálito ponzoñoso de esas víboras en carne humana.

El error cunde hoy con facilidad asombrosa.

Y más de un pueblo conozco yo al cual se creía que no habían llegado los nuevas ideas socialistas, y desgraciadamente allí estaba ya funcionando una agrupación establecida con todas las formalidades de rúbrica.

¡Ojo, pues! ¡Mucho ojo!

Que todo será poco contra los emisarios de Lucifer.

LOS OBREROS DE LAVIANA Y EL MONTEPIÓ

Andan los obreros de Laviana revueltos con un rompecabezas al cual no acaban de dar solución.

Como que según algunos (testigo *El*

Carbayón) el problema es insoluble. Aunque á mí me parece de muy fácil resolución.

Verán ustedes.

La empresa de Martínez Rivas quiso establecer para los obreros que trabajaban en sus minas un *Montepío* que lo mismo pudiera llamarse *Sierra Morena*, toda vez que en su fundación no se siguió al parecer ninguno de los trámites ni formalidades que para tales obras suelen y deben seguirse.

A los obreros se les descontaba mensualmente un tanto de su jornal, que retenía la empresa, ó su representante don Graciano, para atender con el producto á los gastos de médico y medicinas para los obreros enfermos y un tanto por ciento del jornal de cada uno durante el tiempo de su enfermedad.

Todo esto parece lógico y natural, y todo marchó perfectamente hasta que los obreros empezaron á escamarse... Quisieron saber cuál era el estado del Montepío y se encontraron con que su pretensión era irrealizable.

Don Graciano es un hombre, no cabe dudarlo, muy honrado, muy hombre de bien; un hombre que quisiera complacer á los obreros enterándoles de todo, rindiendo cuentas de todo y entregándoles hasta el último céntimo de cuanto les pertenece.

Pero al mismo tiempo D. Graciano es muy seguro, no quiere comprometerse, y para entregar esos fondos precisa saber á quién los entrega... No sea que mañana vengan cuatro gallegos que estuvieron allí trabajando, y aleguen mejor derecho que la inmensa mayoría de los obreros que ahora piden cuentas y fondos....

Nada, que D. Graciano es muy estrecho de conciencia y no puede entregar esos fondos del Montepío á los obreros sin las debidas formalidades.

Verdad es que él D. Graciano se constituyó cajero y administrador, sin maldita formalidad; pero ya se sabe que en eso de recibir no hay ni puede haber engaño, cuando lo que se recibe no son palos.

Pero, en cambio, en eso de dar hay cada engaño que quita el juicio, y don Graciano estaría á punto de perder el suyo si cometiese el disparate de desprenderse de esas treinta y tantas mil pesetas que, según voz pública, tiene el buen señor en su poder.

D. Graciano, ¡firmes ahí!

Y no suelte usted un perro, aunque le aspen.

Treinta y tantas mil pesetas bien administradas pueden darle un interés anual de más de 1.500, y con mil quinientas pesetas de renta ya vive modestamente una familia, y hasta se pueden permitir las pollas el lujo de gastar sombrero.

Y á vosotros obreros que tanto chilláis en cafés y tabernas contra eso del *Montepío* ¿qué os diré?

Que todo os está bien empleado porque no tomáis el único camino que os queda, y que es el legal, el derecho, que debisteis tomar desde los primeros momentos.

¡Dice D. Graciano que no tenéis personalidad para reclamar los fondos de vuestra sociedad? Corriente. Sea así; pero tampoco la tiene él para retener y manejar á su antojo ese capital. Al Juzgado corresponde incautarse de esos fondos. Acudid, pues, al Juzgado, exponiendo los hechos, y ya veréis cómo los tribunales encuentran solución al rompecabezas.

Ya veréis cómo el caso está previsto, y pronto, muy pronto, vuestras aspiraciones se ven realizadas.

Y ¿quién ha de acudir al Juzgado?

Pues cualquiera. El último obrero que haga la denuncia de lo que pasa, basta y sobra para que el Juez tenga por precisión que tomar cartas en el asunto é incautarse de esos fondos que tan pesada carga constituyen para D. Graciano, y á vosotros tanto os quitan el sueño.

Conque, ya lo sabéis, obreros: al Juzgado con la embajada, y se acabó la cuestión y el monopolio.

Me parece que ya he dicho una vez (y si no, lo digo ahora) que EL ZURRIAGO tiene un mono.

El cual atiende por Miguel, Manolo, Lavin, Leader, etc.

De modo que cuando ustedes me vean vapulear á uno de esos, ya saben que mi zurriago cae sobre unas mismas callosidades.

Porque Lavin, Leader, Miguel, etc. son un solo y un mismo bicho.

El mono de EL ZURRIAGO.

Como el diablo, según dijo no sé quién, es la mona de Dios, así *Vigile* es el mono de EL ZURRIAGO.

No hay más diferencia que la de que mi diablo remedador es macho por... terminación.

Y además tonto de capirote.

También hay diablos tontos, lector amable, aunque parezca mentira.

Y monos muy estúpidos.

Vas á verlo.

Publicó EL ZURRIAGO en uno de sus últimos números un cuento con el epígrafe *La Iglesia y los obreros*, que terminaba con la advertencia siguiente: «No es novela, querido lector, es historia.»

El cuento era elocuente y hermoso, como hermosa y elocuente es la verdad, y gustó extraordinariamente.

Presentaba en acción las salvadoras doctrinas del Catolicismo, haciendo desfilar ante la vista del lector algunas muestras de las instituciones benéficas que nacen espontáneamente del seno de la Iglesia.

Vigil quedóse aturdido y ofuscado ante el resplandor de la belleza de la verdad, y, ciego de coraje, con el fin de desvirtuar los efectos de las provechosas enseñanzas que de allí sacarían los obreros, hizo en su papelucho una desvergonzada y ridícula parodia de mi cuento, cumpliéndose con toda fidelidad lo que dijo el poeta:

Del más hermoso clavel

El áspid saca veneno;

La oficiosa abeja, miel.

y repitiéndose con exactitud el caso del burro del mesón, que por remedar á las industriosas abejas quiso fabricar miel á fuerza de tragarse flores. El burro-mono se llevó el gran atracón de flores aromáticas; pero el resultado de la panzada ¿qué había de ser miell! ¡Nunca salió eso de la tripa del asno, ni la verdad de labios de un Mono...!ol!

Lavin percibió la fragancia de las flores, «pompa del jardín ameno» de la Iglesia, y solo el olor le hizo estornudar estrepitosamente por arriba, por abajo, por delante y por etc.

Como que produjo al infelice una *disparatorrea* tan espantosa que únicamente las columnas de *La Aurora* pudieron recibir las evacuaciones.

¿Quiere el lector ver (desde lejos, por supuesto) lo parido por Lavin?

Pues véngase conmigo, pañuelo en mano eso sí; pero sin miedo á que el descompuesto Miguel se acerque, EL ZURRIAGO de que voy provisto se encargará de mantenerle á distancia conveniente.

¿Estamos prevenidos? Pues vamos andando.

Recoi darás, lector pacientísimo y curioso, que Pedro el obrero socialista de mi cuento, salió por las calles de X «á ver si era verdad» lo que un día y otro le contaban los periódicos de su cuerda. «A cada paso—se decía en uno que Pedro estaba leyendo—á cada paso se encuentra una prueba evidente de que la Iglesia no hace nada por mejorar la condición de los obreros.» Y efectivamente Pedro encuentra el primer solemne mentís á su periódico, al tropezarse en las escaleras de su casa con un caballero, miembro de las Conferencias de S. Vicente de Paul, que va á llevar la limosna mensual y el consuelo de su palabra «á un anciano que vive en una boardilla, encima cabalmente de la habitación de Pedro.»

Lo recuerdas verdad, lector?
Pues ahora oye: Pedro el de mi mono, el de la parodia vigiliana, «sale de casa a ver si es verdad» lo que le dicen los periódicos católicos: «La Iglesia es la única que mejora la condición de los pobres.» Conste antes de proseguir que esa *única* ha quedado huérfana de sustantivo por culpa de *Laphu* cuya es la redacción de las dos líneas que van entre comillas.

¿Y a que no atinas, lector, por agudo que seas, con lo que encuentra Pedro el de Miguel?

No, eh?
Te lo diré yo. Pues Pedro el del *don Pedro* de mi *monolo* topa con un consocio del Círculo Católico, que corre furioso tras del miembro aquél de las Conferencias con objeto de matarle porque el granuja, con el pretexto de socorrer a los padres del encolerizado obrero, iba a ver a su hermana (la de Pedro) a la que por fin ultrajó.

Y ¡oh poder de la dialéctica monesca! El simio, después de sacar de su monolítica cabeza esa premisa en figura de Tenorio socialista, hace exclamar a su Pedro: «¡Córcholis con la protección de la Iglesia esto es un mentís al periódico católico.»

¡Claro, hombre, digo monó, claro! ¡Claro como el agua turbia!

Las conferencias de San Vicente es cierto que han nacido de la caridad que la Iglesia predica, y que tienen por objeto socorrer al enfermo, al pobre y al desvalido; pero he aquí que un individuo de ella, aunque sea inventado por *Lavin*, practica el socialismo en el amor, ó sea el amor libre, pues cádate un mentís al periódico católico: eso de que la Iglesia mejora la condición de los pobres es una papa.

Y así se discute; y así se predica a los inconscientes lectores de ciertos periódicos.

Que el mundo entero considera útiles ó necesarias algunas instituciones humanas? Pues; ¡guay de la institución, si un solo individuo de ella se va del seguro!

Pero ¿qué digo, instituciones humanas? El sol, que es la vida según dicen, puesto que sin él la vida es imposible, el mismísimo sol tendría que dejar de pasearse en su brillante carro el día en que se averigué que causa una insolación ó un tabardillo. ¡Abajo Febo y Apolo y su cuadril! ¡Córcholis,—exclamará *Monolo*—con la vida del Sol!

¿Que un militar delinque, que un médico cojea, que las amas de cría...?

Pues ¡abajo todo eso!

¡Córcholis, con el ejército!—pensará el Pedro de Miguel.

¡Córcholis con la medicina!

¡¡Recórcholis con... la lactancia!

¡¡¡Recontra-córcholis con... *Monolito!!!*

Y basta de córcholis por hoy. Otro día, si hay vagar para ello, continuaré exhibiendo el mico.

publicada por Eusebio Blasco hace ya la friolera de tres meses.

¡Pobre Vigil! ¡Qué tonto es! Porque, cuidado, es el colmo de la imbecilidad prohibir ese artículo de Blasco, que es una burla sangrienta y cínica de la vida y milagros del propio leader.

Les parece a ustedes esto difícilillo? Pues no puede ser más fácil.

Oído a la caja:

Habla Eusebio: «Habla en cierto pueblo un verdadero tesoro de reliquias: la... de un burro que habló el día de la fiesta del pueblo.»

¡Atízal! Es Blasco es el demonio. Llegó a sus oídos que habló ese hermoso ejemplar de la raza en el mitin celebrado en la ex-corte de don Silo el día de no sé qué fiesta, recibió por arte de magia algún que otro número de EL ZURRIAGO, ató cables, y, al són del popular cántico *Dime el peine y el escarpador*, publica bajo el título «Los pelos de una Santa» la peregrina noticia, sin citar el muy ladino el nombre del pueblo para que Vigil no se diese por aludido. Y el inocentón de Manuel tragó el anzuelo.

¡Lo ves ahora, Manolin, cómo te toma el pelo el tío Eusebio? ¡Ay! amigo. No basta saber cobrar, hay que tener también sentido común.

Pero lo más curioso del caso es lo que sigue. Refiere a continuación el *buenísimo* de Blasco una bafa leyenda, cuya certidumbre (mire usted que demoncho) no puede comprobar, porque no recuerda bien el nombre de la iglesia donde ocurrió ese camelo.

Mal hecho, Eusebio, mal hecho, mas por esta vez queda usted perdonado, en atención a lo bien que zarandeó a Vigil. En lo sucesivo procure pisar terreno firme y no hablar nunca por boca de ganso.

Eso es patrimonio exclusivo de Manuel.

Y cojamos de nuevo el hilo. Pues en esa iglesia cuyo nombre ignora el fabulista, dice que oyó que se enseñaba una famosa reliquia, el cabello de no sé qué Santa, y acudieron a verla, entre otras, una familia aragonesa compuesta de los papás, el chico mayor y una chica pequeña. Dió principio con la solemnidad característica de caso la imponente ceremonia, apareciendo a la vista de los presentes una cajita donde se guardaba la veneranda reliquia. Y aquí demos la palabra al *fididigno* Eusebio:

«Como de costumbre (el santero) la abrió, metió los dedos índice y pulgar de cada mano, sacó el cabello y lo paseó en alto por delante de los cuatro forasteros.

Pero el chico mayor que era franco y sincero, dijo con leal franqueza:

—Yo no veo nada.

Y el más pequeño añadió:

—Ni yo tampoco.

—¿Usted ve algo, padre?

—Yo no veo más que los dedos.»

Otra te pego y van dos. Este Blasco es implacable. Le da otra cogida al tío Manuel, que ni un toro de *Miura*. Porque esa réplica que refiere respecto de los dedos ó de las uñas, no es sino trasunto fiel de la que le soltaron a Vigil al final de cierto mitin.

Había tocado ya el leader todos los registros gordos y demás fuegos artificiales de su repertorio, había dicho por centésima vez: «Si, obreros, si, hay que ir preparándose, hay que ingresar en las Cajas de resistencia ya fundadas, y fundar las que no lo estén, con el objeto de defender nuestros sagrados intereses y de acabar con este régimen capitalista que nos tiene envueltos en la mayor miseria é ignorancia.»

«El producto de vuestro sudor queda encerrado en las insondables cajas de los capitalistas y de los curas; eso es intolerable.

(El orador entusiasmado levanta con los dedos índice y pulgar de cada mano una misteriosa reliquia, digo, un enorme cepillo capaz de contener toda la fortuna de un Creso, y prosigue) «Mirad, esta es la mitagrosa reliquia, el martillo de la burguesía, otra arca de Noé fuera de la cual no hay salvación para vosotros.

«Si queréis ser respetados, si queréis

que acabe la explotación venid, venid todos al Centro a pagar la cuota, asociados y seréis libres. ¿No veis cómo ha mejorado ya la condición de los obreros asociados? ¿No veis y palpáis ya los resultados de nuestra propaganda.

—Yo no veo nada, le interrumpe un socialista franco y sincero.

—Ni yo tampoco, contestó otro.

—¿Usted ve algo?, preguntó un curioso a uno de esos obreros que han nacido para decir la verdad, ceiga el que caiga:

—Yo no le ves más que las uñas.

De Laviana

Sr. Director de EL ZURRIAGO.

Muy Sr. mío: Escribo esta cartina para dar un consejo que sirva de aliento a los elevados genios colaboradores del perinclito, digop erinclita *Aurora Social*.

Por arte de birlibirloque llegó a mis manos el número del día 5 del corriente, y me hallé con unos consejos dedicados nada menos que al «Cura de Laviana.»

¿Cura a seques dijisteis, consejeros? Pues empezáis dando una prueba de que sois torpes amén de mal educados. Si vuestro afán es atacar con groserías y calumnias (como se probará en otra carta) a un párroco muy querido y respetado, mal que os pese, de sus feligreses, con el fin de apartar a éstos de la iglesia; sois, repito, torpes y mal educados, porque yo sé que la esposa de un gran socialista de aquí, al oír la lectura de vuestros consejos, exclamó inmediatamente: Ese perdiórico ye permalo, porque diz el Cura y non el señor Cura.»

Con que ya veis, colaboradores de la sombra, Tratáis, de difamar a un párroco ante sus feligreses, y el resultado ha sido contraproducente; a las primeras de cambio, os han conocido como a los cojos en el modo de andar.

Pero ¿quiénes sois vosotros, redactores del papelucho inmundo, y quiénes son vuestros camareros rurales?

¡Ah! los redactores y colaboradores sois unos valientes que aun no os llegó el valor para aceptar la invitación a discutir el socialismo que defendéis.

Y vuestros ayudas rurales ¿quiénes son?

Que lo diga vuestro corresponsal, Lázaro resucitado, aquel *Manuel de las tres burras*, gran socialista, digo gran explotador de copas de marrasquino.

¿No es verdad, Lázaro de los tres perros? ¿No es verdad que explotaste el marrasquino de tu invento?

¿No es verdad que como ahora no te lo beben, porque no es socialista, vamos porque es cristiano bien bautizado, quieres explotar otra mina con *La Aurora*?

¡Infelice Lázaro! Te va a pasar con esa mina lo que en tiempo de la francesada

Pasó a Antón el mio vecin:

Llamáronlu camafeu

Y pensaba el probitín

Q'iban a dai un empleu.

¡Pobre Lázaro, muerto con el marrasquino y resucitado con el socialismo! ¡Pobre Lázaro digo porque tanto sabes de lo uno como de lo otro!

Díganlo si no, tus exparroquianos. El año pasado hiciste unas cuantas pesetas y ya te creías un Creso, pero; ¡ay! este año sacarás tanto del «perdiórico» como de la bebida de marras.

¿Te acuerdas de aquel puñado de papeles que diste a un amigo tuyo para la propaganda? Pues, sin que nadie los leyera, fueron arrojados al fuego. La mujer del amigo, en cuanto supo que venían de tus manos, quemada como estaba con el marrasquino (sin probarlo) al punto los reputó malos é hizo con ellos aquel auto desfê.

Ven acá, Lázaro, ya te lo dije antes, tú no sabes lo que es socialismo, y por eso lo desbaratas ahuyntando la poca clientela que te queda. Mira, voy a darte un consejo en nuestra habla, en el habla de los probes, para que lo entiendas mejor:

Has de ser amorosu con los parroquia-

nos y non los amenaces con echalos de to casa si non te tomen *La Aurora*; porque si los echas de to laoo, ya non son socios tuyos y obras contra el papel que desempeñas de corrigior del socialismo, en Llorio como verás al fin del conseyu. Además' mira y atende; el nueso Sr. Cura está per, contentu, porque vino en ese perdioricu que por munchus disparates que traiga, ¡pa nosotros comu si cantara! porque hemus de vivir comu el señor Cura nos predica porque lu queremos y respetamus comu a nuestro padre; y motivos tenemus pa ellu, comu has de ver en otra cartiquina. Y pa fin del cuentu, estamos convencíos, Lázaro de las tres burras, que si fixéramos casu del papeluchu que nos quies meter pe los güeyos, ya tábamos toos engolfaos bebiendo del marrasquino de tu inventu y entós sería poco el río Nalón, era necesariu otro diluvio pa fabricar pa tantos, y dempués de bebello, el nueso volsu sin na y el tuyo bien llenín; y en casa... palos y riñes con la mujer. ¿Y los finos nuesos? Esto ye lo pior.

Na más te digo que andas per mal, y lo que tú quies ye apartanos de la iglesia pa metenos en to casa; lo que non conquiréis nin tú co los tres perros, nin los dos compadres del papelucho co los disparates que nos dicen. ¿Sabéis por qué? Porque non nos convien por ningún centeu.

Con memorias al relojeru, dizte adiós hasta otra

El Coxu de Llorio.

Zurriagazos

En el número del semanario socialista ovetense correspondiente al día cinco de los que corren, se le dedica un suelto bastante largo y muy honroso al párroco de Llorio, arciprestazgo de Laviana.

Porque es una regla poco meno que infalible: «Cuando *La Aurora* ladra contra una persona cualquiera, sobre todo si es un cura, se puede asegurar que esa persona ha cumplido con su deber.»

Si Vigil tuviese tanta seguridad del gordo del próximo 23, no duden ustedes que jugaría un billete para sí solo, aunque tuviese que meter la mano en las cajas de resistencia.

Al decir *para sí solo*, quiero decir para las sociedades ó centros que preside.

Porque Vigil rinde ferviente culto a la *solidaridad*. Sin ella ¿qué fuera de Manolo?

La Aurora dedica casi toda la *hojarasca* de su último número al señor Arboleya.

Y todo con motivo de haberse suspendido las conferencias del Círculo Católico de Oviedo, algunas de las cuales estaban, al parecer, a cargo del canónigo citado.

El *leader*, además de algunas mentiras, como, por ejemplo, la de que los carlistas negaron el Círculo al Sr. Arboleya (mentira tan burda que raya en majadería) escribe una serie de ñoñeces que no cuento a ustedes. Para que no se aburran.

Tampoco el diario republicano que dirige Carballeira puede *pasarse* sin curas.

¡Pero que las negras sotanas y los picudos bonetes han de ser la constante pesadilla de socialistas, republicanos y liberales doctrinarios!...

Y vean ustedes hasta dónde llegan por efecto de tal pesadilla:

El *cara dura* de *Apluma* y a pelo espía a los curas, los sigue a todas partes, entra en la iglesia y... acércase, quedo, muy quedo al confesonario.

Y allí sabe que «hay curas ignorantes que convierten en cajón de propaganda periodística el confesonario, que sólo debía servir para guardar el secreto de las conciencias culpables.»

Oiga, compadre: ¡ha de limitarse el confesor, según eso, a cerrarse la boca en el confesonario?

¿No le parece que también debe dar buenos consejos y recetas espirituales?

Pues entre esos consejos y recetas, está la de no leer periódicos como *El Progreso de Asturias*. Ni más ni menos.